

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

# ¡Contrahegemonía ya!

**NANCY  
FRASER**

Por un populismo  
progresista  
que enfrente  
al neoliberalismo

Introducción de Laura  
Fernández Cordero



siglo veintiuno  
editores

## **índice**

Cubierta

índice

Portada

Copyright

n;

ira la izquierda?

Fraser, entre la búsqueda teórica y la voluntad de transformación social (por Laura Fernández Cordero)

Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer

La hegemonía del neoliberalismo progresista

La derrota del neoliberalismo reaccionario

La brecha hegemónica y la lucha por salvarla

Gato por liebre

Fenómenos mórbidos y perspectivas contrahegemónicas

Una estrategia de separación

“El gato populista saltó de la caja”. Nancy Fraser, entrevistada por Bhaskar Sunkara

Nancy Fraser

## ¡CONTRAHEGEMONÍA YA>

Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo

Traducción de

**Horacio Pons**



**siglo veintiuno**

editores

Fraser, Nancy

¡Contrahegemonía ya!.- I<sup>a</sup> ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2019.

Libro digital, EPUB.- (Biblioteca del Pensamiento Socialista)

Archivo Digital: descarga

Traducción de Horacio Pons // ISBN 978-987-629-971-8

1. Ensayo político. 2. Teoría crítica, i. Pons, Horacio, trad.

CDD 320.5

Título original: *The Old Is Dying and the New Cannot Be Bom. From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond*, publicado en Londres y

Nueva York por Verso (the imprint of New Left Books)

© 2019, Nancy Fraser (por “From progressive Neoliberalism to Trump -and beyond”, publicado originariamente en 2017); Nancy Fraser y Bha-skar Sunkaram (por “The populist cat is out of the bag”)

© 2019, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

Diseño de portada: Eugenia Lardiés

Digitalization: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: octubre de 2019

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-971-8

**¿Hay alguna oportunidad para la izquierda?**

**La apuesta política de Nancy Fraser, entre la búsqueda teórica y la voluntad de transformación social**

Laura Fernández Cordero[i]

En la cabecera de una mesa de conversación, Nancy Fraser abrió su cuaderno de notas. Lapicera en mano, dijo que se disponía a aprender. Era 2014, Fraser estaba de visita en la Argentina y, contra las caricaturas de la teórica *rockstar* y la gurú del saber político, desplegaba una escucha atenta y curiosa. Pese a todo, también había en su gesto esa fascinación del Norte por la supuesta efervescencia que agitaría estas tierras, más propensas a capear vicisitudes políticas que a teorizarlas. En la tensión entre esas dos posiciones, un poco paradójicas y algo inevitables, tal vez

haya una clave para leer este libro, que reúne un artículo y una entrevista muy recientes. Si bien ambos textos, a simple vista, parecen hablar del acontecer de los Estados Unidos, nos dan pistas para pensar tanto el contexto global como la cuestión local.

Nacida en 1947, Fraser es profesora de Filosofía y Política en la New School for Social Research de Nueva York. Cultora de una teoría muy atenta a la velocidad contemporánea, sus principales temas de interés se entrelazan en un análisis general del capitalismo, desde una perspectiva crítica forjada en el marxismo y el feminismo. El talante político que atraviesa su producción académica fue gestándose, como a ella misma le gusta recordar, en la evidencia dolorosa de la segregación racial y en las luchas por los derechos civiles de su Baltimore natal. A la conciencia temprana de la desigualdad social se sumaron, muy pronto, la oposición a la Guerra de Vietnam, el antiimperialismo, el movimiento estudiantil y, más tarde, el feminismo. En los primeros años sesenta, cuando la denominada Nueva Izquierda se alejaba de la ortodoxia y comenzaba a pensar nuevas configuraciones de clase ante la proliferación de diversos movimientos sociales, la experiencia universitaria le dio el marxismo, y la teoría crítica le acercó herramientas para analizar los fenómenos de opresión y desigualdad. La pausa que el trabajo académico impuso a su vida militante no diluyó su sensibilidad política. Sin temor al eclecticismo y segura en sus interrogaciones, Fraser conjugó autores y corrientes, poniendo el acento en la teoría crítica alemana, el pragmatismo estadounidense y el postestructuralismo francés.

Su vocación es tan sencilla de describir como ardua de practicar: la producción teórica rigurosa en pos de la transformación social. Detrás hay un diagnóstico nítido sobre la crisis generalizada y multidimensional del capitalismo neoliberal financiero globalizado. Y un horizonte de igualdad que parece demasiado amplio, pero que Fraser modula en cada intervención. Entre los conceptos que dan solidez a su apuesta teórica se destaca el par distribución/reconocimiento (al que, más tarde se sumaría la noción de representación), mediante el cual intenta superar la versión ortodoxa de base y superestructura, aunque sin resignar la distinción teórica entre la instancia económica y la cultural.

Sus libros se traducen a varios idiomas, al ritmo de los premios y reconocimientos que recoge en distintos países. Entre sus obras disponibles en español, cabe mencionar como las más relevantes *Iustitia Interrupta*, *Escalas de justicia* y *Fortunas del feminismo*. [2] En 2006 recibió el doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba y, en 2014, el de la Universidad de San Martín. Esas visitas a la Argentina fueron ocasión de valiosos intercambios y sendos libros donde sus teorizaciones se tensaron en lecturas situadas y todavía abiertas. [3]

Quien quiera conocer o repasar la propuesta teórica y política de esta autora encontrará un material representativo en los artículos publicados en la edición castellana de la *New Left Review*, revista de pensamiento crítico publicada en Londres desde 1960. [4] Ese ejercicio produce dos constataciones: que los tiempos políticos se han acelerado de manera sorprendente, y que Fraser no teme ni revisar ni reescribir sus propias afirmaciones. Suma a su atractivo como autora un ardor polémico que ha despuntado en provechosos debates públicos con referentes de la teoría crítica: Iris Marion Young -en torno a la justicia global y el reconocimiento-, Judith Butler -sobre la distinción distribución/reconocimiento-, Axel Honneth -acerca de la justicia y la clave hegeliana del reconocimiento- y Johanna Brenner -a propósito del neoliberalismo progresista-.

Antes de que llegaran las traducciones de sus libros, era conocida aquí por algunos artículos publicados en revistas latinoamericanas y españolas. [5] Sus tesis filosóficas ya llamaban la atención en un pequeño volumen producido por el sello Feminaria que, en los primeros años noventa, nos acercaba una reciente disquisición colectiva sobre el cruce entre feminismo y postestructuralismo. [6] Si bien estas lecturas ceñían su público a la academia y a sus acotados alrededores, Fraser comienza a vibrar ahora al son de la masificación del feminismo con el más reciente de sus compromisos: la construcción colectiva de un “feminismo para el 99%”. [7\_] Esa cifra proviene de los movimientos que apuntan a la construcción política de una inmensa mayoría global opuesta al 1% de población que concentra la riqueza y el poder político en el mundo.

*¡Contrahegemonía ya!* da cuenta de una combinación virtuosa entre ambición teórica y voluntad política. El artículo que abre el volumen fue publicado cuando transcurría el primer año de la presidencia de Donald Trump,[8] y a él se suma una sustanciosa entrevista a la autora, que tiene la buena costumbre de aceptar interlocutores desafiantes. En este caso, no es un dato menor quién pregunta: se trata de Bhaskar Sunkara - integrante de la organización Democratic Socialists of America, fundador y editor de *Jacobin Magazine* y autor de *The Socialist Manifestó*-, una de las voces jóvenes más interesantes de un momento de cierta reactivación del socialismo en los Estados Unidos. Fenómenos de la última década como Occupy Wall Street, Black Lives Matter y Women's March on Washington jalonan un diálogo entre generaciones en el que se evidencia que una hegemonía en crisis es también una disputa por las palabras que hacen la política: ¿cómo nombramos al capitalismo actual?, ¿qué alcances tiene la igualdad?, ¿a quiénes incluyen los pronombres “nosotras” y “nosotros” esgrimidos?, ¿qué es el socialismo, hoy?

A la hora de interpretar la sucesión de coyunturas vertiginosas y nombres propios, Fraser busca conceptualizar y dirimir. En esa tarea descubrimos a una trabajadora intelectual que se arremanga y logra traducir en términos de bloques hegemónicos la compleja marea de la crisis actual: Barack Obama y Hillary Clinton representan el neoliberalismo progresista, Donald Trump encarna un neoliberalismo hiperreaccionario, y de Bernie Sanders se esperaría un populismo progresista o de izquierdas. Todo esto, sin esquivar la crítica punzante que alguna vez resumió como la “astucia de la historia”, y que ahora sintetiza en ese progresismo que, a fuerza de conquistas LGBTQ+ y reivindicaciones feministas, habría dado al neoliberalismo la pátina de aceptación necesaria para una revitalizada hegemonía. Una suerte de “son lo mismo” que en versión refinada Fraser (valiéndose de un título de comedia) denominó “Hobson's choice”, es decir, una falsa elección: con discursos racistas y homofóbicos o con reconocimiento de derechos e identidades, estaríamos ante el mismísimo capitalismo en fase neoliberal.

La dureza con que la autora enfrenta a los movimientos igualitarios y emancipatorios con sus propias manifestaciones funcionales al sistema le ha valido algunas críticas. Por caso, le achacan que soslaye la pluralidad de voces que habitan a esos movimientos, la poca jerarquía que asigna a las luchas por el reconocimiento y que pase por alto o minimice la radicalidad de las transformaciones subjetivas que se dan al calor de los activismos LGBTQ+ y los feminismos. Por añadidura, el hecho de que, aunque recurre a su biografía personal para recordar su pasado militante, no aplique la misma crudeza al revisar dimensiones que configuran su propia posición actual, como la condición de intelectual blanca, estadounidense, cis y heterosexual.

En suma, los textos que componen *¡Contrahegemonía ya!* recorren tópicos infaltables del debate contemporáneo: capitalismo tardío, crisis, neoliberalismo, racismo, autoritarismo, derechas, migración, populismos, crisis ecológica, progresismo, feminismos, igualdad. Y a todo se lo interroga desde un desvelo, que recuerda explícitamente el de Antonio Gramsci: ¿hay oportunidad para alguna izquierda que pueda encarnar lo mejor de lo que fue (sin oprimir el cerebro de los vivos) y entusiasmar con la promesa de lo que puede ser (sin que los planes quinquenales devoren la utopía)?

[1] Socióloga y doctora en Ciencias Sociales por la UBA, es investigadora del Conicet con sede en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI/Unsam). Publicó el libro *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual* (Siglo XXI, 2017) y el volumen *Vidas en lucha. Conversaciones* (Katz, 2019), que reúne diálogos con Judith Butler y Virginia Cano.

[2] *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Santa Fe de Bogotá, Siglo del Hombre - Universidad de los Andes, 1997; *Escalas de justicia*, Barcelona, Herder, 2008; *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015.



[3] Adriana Boria y Patricia Morey (eds.), *Teoría social y género. Polémicas en torno al modelo teórico de Nancy Fraser*, Buenos Aires, Catálogos, 2010; Eduardo Rojas y Micaela Cuesta (dirs.), *Conversaciones con Nancy Fraser. Justicia, crítica y política en el siglo XXI*, San Martín, Unsam, 2017.

[4.] Basta buscar “Nancy Fraser” en [newleftreview.es](http://newleftreview.es).

[5] Nancy Fraser, “La lucha por las necesidades: esbozo de una teoría crítica socialista-feminista de la cultura política del capitalismo tardío”, *Debate Feminista*, vol. 3, marzo de 1991, pp. 3-40; Nancy Fraser y Linda Gordon, “Contrato versus caridad: una consideración de la relación entre ciudadanía civil y ciudadanía social”, *Isegoría*, n° 6, 1992, pp. 65-82.

[6] Nancy Fraser, “Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo” en Linda Nicholson (comp.), *Feminismo/Posmodernismo*, Buenos Aires, Feminaria, 1992 [1990].

[7] Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser, *Feminismo para el yc) %: un manifiesto*, Buenos Aires, Rara Avis, 2019.

[8] Nancy Fraser, “From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond”, *American Affairs*, vol. 1, n° 4, invierno de 2017, pp. 46-64.

## **Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer**

Quienquiera que hable hoy de “crisis” corre el riesgo de que lo despachen como un charlatán pomposo, dada la banalización del término por obra de una palabrería inagotable. Pero la idea de que actualmente enfrentamos una crisis puede tener un sentido bien definido. Si la caracterizamos con precisión y detectamos su dinámica distintiva, podremos determinar mejor qué se necesita para resolverla. Sobre esa base, también podríamos vislumbrar un camino que nos saque del callejón sin salida donde estamos

atascados, y eso mediante un realineamiento político que conduzca a una transformación de la sociedad entera.

A primera vista, la crisis de nuestros días parece ser política. Su expresión más espectacular está aquí mismo, en los Estados Unidos: Donald Trump, su elección, su presidencia y la disputa que la rodea. Pero no faltan situaciones análogas en otros lugares: la debacle del *brex* en el Reino Unido; la menguante legitimidad de la Unión Europea y la desintegración de los partidos socialdemócratas y de centroderecha que abogaban por ella; también la bonanza creciente de los partidos racistas y antiinmigrantes en el norte y el centro-este de Europa, más el surgimiento de fuerzas autoritarias, entre ellas algunas que pueden calificarse de protofascistas, en América Latina, Asia y el Pacífico. Nuestra crisis política, si de eso se trata, no es solo estadounidense, sino global.

Lo que hace creíble esa afirmación es que, pese a sus diferencias, todos estos fenómenos tienen una característica en común. Todos implican un debilitamiento drástico, si no un liso y llano derrumbe, de la autoridad de las clases y los partidos políticos establecidos. Es como si multitudes de personas en todo el mundo hubiesen dejado de creer en el sentido común imperante que apuntaló la dominación política durante las últimas décadas. Como si esas personas hubieran perdido la confianza en la buena fe de las élites y buscaran nuevas ideologías, organizaciones y liderazgos. Dada la escala del derrumbe, es improbable que se trate de una coincidencia. Por eso, supongamos que enfrentamos una crisis política global.

Por fuerte que suene, esto es apenas una parte de la historia. Los fenómenos mencionados constituyen la faceta específicamente política de una crisis más amplia y proteica que presenta otros aspectos -el económico, el ecológico y el social- que, tomados en conjunto, dan por resultado una crisis general. Lejos de ser sectorial, la crisis política no puede entenderse al margen de los bloqueos a los que responde en otras instituciones, aparentemente no políticas. En los Estados Unidos esos bloqueos incluyen la metástasis de las finanzas; la proliferación de “McEmpleos” precarios en el sector de servicios; el incremento imparable

de la deuda de los consumidores para permitir la compra de baratijas producidas en otros lugares; el crecimiento conjunto de las emisiones de dióxido de carbono, los climas extremos y el negacionismo de la crisis climática; el encarcelamiento masivo de personas de determinadas categorías raciales y la violencia policial sistémica, además de un estrés en aumento que afecta la vida familiar y comunitaria, debido en parte a la prolongación de la jornada laboral y la disminución de las ayudas sociales. En conjunto, estas fuerzas socavan desde hace algún tiempo nuestro orden social sin producir un terremoto político. Ahora, sin embargo, todo puede suceder. En el extendido rechazo hacia la manera habitual de hacer política, una crisis sistémica objetiva ha encontrado su voz política subjetiva. La faceta política de nuestra crisis general es una crisis de hegemonía.

Donald Trump es el ejemplo modélico de esta crisis de hegemonía. Pero no podremos entender su ascenso si no ponemos en claro las condiciones que lo posibilitaron. Para hacerlo, tendremos que indagar la cosmovisión desplazada por el trumpismo y explorar el proceso que llevó a su desmoronamiento. Las ideas indispensables para alcanzar ese fin provienen de Antonio Gramsci. *Hegemonía* es la palabra que eligió Gramsci para designar el proceso por el cual una clase dominante hace que su dominación parezca natural, al instalar las premisas de su cosmovisión como el sentido común de la sociedad en su conjunto. Su correlato organizacional es el *bloque hegemónico*: una coalición de fuerzas sociales dispares reunidas por la clase dominante, por medio de las cuales afirma su liderazgo. Si pretenden recusar ese ordenamiento, las clases dominadas deben construir un nuevo y más persuasivo sentido común, o *contrahegemonía*, y una nueva y más poderosa alianza política, o *bloque contrahegemónico*.

Debemos mencionar una idea que se suma a las propuestas por Gramsci. Cada bloque hegemónico encarna una serie de supuestos acerca de lo que es justo y bueno y lo que no lo es. Al menos desde mediados del siglo XX, la hegemonía capitalista se forjó en los Estados Unidos y en Europa mediante la combinación de dos aspectos diferentes del bien y la justicia: uno centrado en la distribución, otro en el reconocimiento. El aspecto distributivo indica cómo la sociedad debería asignar los bienes divisibles,

en especial el ingreso. Este aspecto remite a la estructura económica de la sociedad y también, aunque de manera indirecta, a sus divisiones de clases. El aspecto del reconocimiento expresa cómo la sociedad debería atribuir el respeto y la estima, que son las marcas morales de la pertenencia y la integración. Centrado en el orden de estatus de la sociedad, este aspecto remite a sus jerarquías de, precisamente, estatus.

Juntos, la distribución y el reconocimiento constituyen los componentes normativos esenciales con los que se construyen las hegemonías. Si sumamos esta idea a las de Gramsci, podemos decir que Trump y el trumpismo fueron posibles debido a la ruptura de un bloque hegemónico anterior, así como al descrédito de su nexo normativo distintivo entre distribución y reconocimiento. Si diseccionamos la construcción y la ruptura de ese nexo, podremos esclarecer no solo el trumpismo, sino también las perspectivas, después de Trump, de un bloque contrahegemónico capaz de resolver la crisis. Voy a explicarme.

### ***La hegemonía del neoliberalismo progresista***

Antes de Trump, el bloque hegemónico que dominaba la política estadounidense era el neoliberalismo progresista. Esta denominación puede parecer un oxímoron, pero se aplicaba a una alianza real y poderosa de dos improbables compañeros de cama: por un lado, las corrientes liberales dominantes de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo, ambientalismo y derechos de la comunidad LGBTQ+), y por otro, los sectores más dinámicos, de punta, “simbólicos” y financieros de la economía (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood). Esta extraña pareja se mantenía unida gracias a una peculiar combinación de puntos de vista sobre la distribución y el reconocimiento.

El bloque neoliberal progresista conjugaba un programa económico expropiador y plutocrático con una política meritocrática liberal de reconocimiento. El componente distributivo de esta amalgama era neoliberal. Resueltas a emancipar a las fuerzas del mercado de la pesada mano del Estado y la cruz de la política de “impuestos altos y gran gasto público”, las clases que dirigían este bloque aspiraban a liberalizar y

globalizar la economía capitalista. Esto era sinónimo de financiarización: eliminar las barreras y protecciones que impedían el libre movimiento de los capitales; desregular la actividad bancaria y la imparable deuda usuraria; desindustrializar; debilitar los sindicatos, y promover el trabajo precario y mal pago. Popularmente asociadas con Ronald Reagan pero implementadas y consolidadas, en lo sustancial, por Bill Clinton, estas políticas deprimieron el nivel de vida de la clase obrera y la clase media a la vez que transferían la riqueza hacia arriba, principalmente al *i%*, claro está, pero también a los escalones superiores de las clases profesionales y gerenciales.

Los neoliberales progresistas no inventaron esta economía política. Ese honor pertenece a la derecha: a sus luminarias intelectuales Friedrich Hayek, Milton Friedman y James Buchanan; a sus políticos visionarios Barry Goldwater y Ronald Reagan, y a sus muy adinerados propiciadores Charles y David Koch, entre otros. Pero la versión “fundamentalista” de derecha del neoliberalismo no podía llegar a ser hegemónica en un país cuyo sentido común aún era producto del pensamiento del New Deal, la “revolución de los derechos” y un gran número de movimientos sociales herederos de la Nueva Izquierda. Para que el proyecto neoliberal triunfara, había que presentarlo en un nuevo envase, darle un atractivo más amplio y vincularlo con aspiraciones emancipatorias no económicas. Una economía política profundamente regresiva podría convertirse en el centro dinámico de un nuevo bloque hegemónico solo si se la adornaba con las galas del progresismo.

Por consiguiente, los “nuevos demócratas” tuvieron que aportar el ingrediente esencial: una política progresista de reconocimiento. Respaldados por fuerzas progresistas de la sociedad civil, difundieron un *ethos* del reconocimiento superficialmente igualitario y emancipatorio. En el núcleo de ese *ethos* convivían ideales de “diversidad”, “empoderamiento” de las mujeres, derechos para la comunidad LGBTQ+, posracismo, multiculturalismo y ambientalismo. Estos ideales se interpretaban de una manera limitada y específica que era plenamente compatible con la transformación de la economía estadounidense conforme a los dictados de Goldman Sachs: la protección del ambiente significaba el

comercio de las cuotas de emisiones de carbono. La promoción del acceso a la propiedad de la vivienda equivalía a armar lotes de préstamos de alto riesgo y revenderlos como bonos respaldados por hipotecas. Igualdad era sinónimo de merito-cracia.

La reducción de la igualdad a la meritocracia fue especialmente fatídica. El programa neoliberal progresista para alcanzar un orden justo de estatus no apuntaba a abolir la jerarquía social, sino a “diversificarla” mediante el “empoderamiento” de las mujeres, las personas de color y los integrantes de minorías sexuales “talentosos” para que llegaran a la cima. Ese ideal es intrínsecamente específico de una clase y apunta a garantizar que individuos “meritorios” de “grupos subrepresentados” puedan alcanzar posiciones y retribuciones similares a las de los varones blancos heterosexuales de su propia clase. La variante feminista es reveladora pero, por desdicha, no única. Centrada en el “feminismo corporativo” y la “ruptura del techo de cristal”, sus principales beneficiarías solo podían ser quienes ya poseían el capital social, cultural y económico requerido. En cuanto a las demás, ni lograrían subir un escalón desde el sótano.

Por sesgada que fuera, esta política de reconocimiento cautivó a numerosas corrientes de los movimientos sociales progresistas que pasaron a integrar el nuevo bloque hegemónico. Por supuesto, no todos los antirracistas, feministas, multiculturalistas, etc., adhirieron a la causa neoliberal progresista, pero quienes sí lo hicieron, a sabiendas o no, constituyeron el segmento más cuantioso y visible de sus respectivos movimientos, mientras los opositores quedaron confinados en los márgenes. Los progresistas del bloque neoliberal progresista eran sus socios menores, mucho menos poderosos que sus aliados de Wall Street, Hollywood y Silicon Valley. A pesar de todo, otorgaron algo esencial a esa peligrosa relación: carisma, un “nuevo espíritu del capitalismo”. Con un aura de emancipación que lo envolvía todo, el nuevo “espíritu” aportó a la actividad económica neoliberal un entusiasmo único. Asociado al pensamiento progresista y a todo lo liberador, cosmopolita y moralmente avanzado, lo que antes era deprimente se volvió electrizante. Gracias a este *ethos*, las políticas que propiciaban la redistribución hacia arriba de la riqueza y el ingreso adquirieron una pátina de legitimidad.

Aun así, para poder conquistar la hegemonía el bloque neoliberal progresista emergente tenía que derrotar a dos rivales. Primero debía vencer a los remanentes nada insustanciales de la coalición del New Deal. En una anticipación del “nuevo laborismo” de Tony Blair, el ala clintoniana del Partido Demócrata desarticuló en silencio esa alianza anterior. Para reemplazar al bloque histórico que había conseguido unir a los trabajadores sindicalizados, los inmigrantes, los afroestadounidenses, las clases medias urbanas y algunos sectores del gran capital industrial durante varias décadas, se forjó una nueva alianza de empresarios, banqueros, residentes suburbanos, “trabajadores simbólicos”, nuevos movimientos sociales, latinos [*Latinx*] y jóvenes, sin perder el apoyo de la comunidad afroestadounidense, que sentía que no tenía ningún otro lugar adonde ir. En la campaña por la nominación presidencial demócrata de 1991-1992, Bill Clinton se alzó con la victoria al hablar de diversidad, multiculturalismo y derechos de las mujeres, aunque luego predicaría con el ejemplo de... Goldman Sachs.

### ***La derrota del neoliberalismo reaccionario***

El neoliberalismo progresista también debía vencer a un segundo competidor, con el que compartía más de lo que estaba dispuesto a admitir. En este caso, el antagonista era el neoliberalismo reaccionario. Concentrado principalmente en el Partido Republicano y menos coherente que su rival dominante, este segundo bloque proponía un nexo diferente entre distribución y reconocimiento. Combinaba una política neoliberal similar de distribución con una política de reconocimiento diferente, reaccionaria. Si bien afirmaba promover las pequeñas empresas y fábricas, el verdadero proyecto económico del neoliberalismo reaccionario se centraba en apuntalar las finanzas, la producción militar y las industrias energéticas extractivas para beneficio principal del 1% global. Lo que supuestamente hacía que esto fuera digerible para la base que procuraba reunir era una visión de sesgo excluyente, en pro de un orden justo de estatus: nacionalista étnico, antiinmigrante y procristiano (si no abiertamente racista, patriarcal y homofóbico).

Esa fórmula permitió que los cristianos evangélicos, los blancos sureños, los estadounidenses del campo y los pueblos y los estratos descontentos de la clase obrera blanca coexistieran durante un par de décadas, no sin incomodidad, con los libertarios, los miembros del Tea Party, la Cámara de Comercio y los hermanos Koch, más una pequeña cantidad de banqueros, magnates inmobiliarios y de la energía, capitalistas de riesgo y especuladores de fondos de cobertura. Al margen de los énfasis sectoriales, en las grandes cuestiones de la economía política el neoliberalismo reaccionario no difería de manera sustancial de su rival neoliberal progresista. Es cierto que ambas partes discutían sobre los “impuestos a los ricos” y que los demócratas casi siempre terminaban por ceder. Pero los dos bloques respaldaban el “libre comercio”, los bajos impuestos a las corporaciones, el recorte de los derechos laborales, la primacía del interés del accionista, las remuneraciones excesivas asignadas a los altos ejecutivos jerárquicos y la desregulación financiera. Los dos bloques elegían líderes que buscaban “grandes acuerdos” orientados a limitar derechos y sus diferencias clave giraban en torno al reconocimiento, no a la distribución.

El neoliberalismo progresista también ganó esa batalla, pero tuvo que pagar un precio. Se sacrificaron los centros fabriles en declive, sobre todo el llamado Cinturón del Óxido. Esa región, junto con centros industriales más recientes del Sur, recibió un duro golpe a causa de una tríada de políticas implementadas por Bill Clinton: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), la incorporación de China a la Organización Mundial del Comercio (justificada en parte como una manera de promover la democracia) y la derogación de la Ley Glass-Steagall, que mitigó las regulaciones impuestas a los bancos. En conjunto, esas políticas y las siguientes hicieron estragos en comunidades hasta entonces sustentadas en la industria manufacturera. En el transcurso de dos décadas de hegemonía neoliberal progresista, ninguno de los dos grandes bloques hizo un esfuerzo serio por apoyarlas. Para los neoliberales, sus economías no eran competitivas y en consecuencia debían afrontar las inevitables “correcciones de mercado”. Para los progresistas, sus culturas estaban estancadas en el pasado y atadas a valores obsoletos que no tardarían en desaparecer en una nueva dispensación cosmopolita. Los neoliberales



progresistas no encontraban en ninguno de los dos terrenos -la distribución y el reconocimiento- razón alguna para defender a las comunidades fabriles del Cinturón del Óxido y el Sur.

### ***La brecha hegemónica y la lucha por salvarla***

El universo político que Trump cambió de manera drástica era sumamente restrictivo. Se había construido en torno a la oposición entre dos versiones del neoliberalismo, cuya única diferencia mayor radicaba en el eje del reconocimiento. Admitámoslo, era posible elegir entre el multiculturismo y el nacionalismo étnico. Pero, más allá de esto, era inevitable quedar presa de la financiarización y la desindustrialización. Con un menú limitado al neoliberalismo progresista y el neoliberalismo reaccionario, no había fuerza alguna que se opusiera a la caída de los niveles de vida de las clases obrera y media. Los proyectos antineoliberales eran marginados, cuando no excluidos de la esfera pública.

De este modo, un segmento considerable del electorado estadounidense - víctima de la financiarización y la globalización corporativa- se vio despojado de una casa política natural. Como ninguno de los dos grandes bloques hablaba por ellos, se produjo una brecha en el universo político estadounidense: una zona desocupada, vacía, donde una política antineoliberal y favorable a las familias trabajadoras podría haber arraigado. Habida cuenta del ritmo acelerado de la desindustrialización, la proliferación de “McEmpleos” precarios y mal pagos, el crecimiento de la deuda usuraria y la consecuente caída de los niveles de vida de las dos terceras partes de los estadounidenses ubicados en la parte más baja de la escala, era solo cuestión de tiempo hasta que alguien salvara la brecha.

En 2007 y 2008, algunos supusieron que el momento había llegado. Un mundo aún tambaleante debido a uno de los peores desastres de la historia estadounidense en materia de política exterior se vio obligado a enfrentar la peor crisis financiera desde la Gran Depresión y poco menos que un derrumbe de la economía global. La política “de siempre” cayó a la cuneta. Un afroestadounidense que hablaba de “esperanza” y “cambio” llegó a la presidencia de los Estados Unidos con la promesa de transformar no solo

las políticas, sino también la “mentalidad” de la política estadounidense. Barack Obama podría haber aprovechado la oportunidad para generar un movimiento masivo que respaldara el alejamiento del neoliberalismo, aun frente a la oposición del Congreso. En cambio, puso la economía en manos de las mismas fuerzas de Wall Street que habían estado a punto de hacerla naufragar. Al afirmar la “recuperación” (y no la reforma estructural), Obama otorgó onerosos rescates financieros a bancos “demasiado grandes para quebrar”, pero no hizo nada remotamente comparable por sus víctimas: los diez millones de estadounidenses que perdieron sus viviendas debido a ejecuciones hipotecarias durante la crisis. La excepción que confirmó la regla fue su decisión de expandir Medicaid mediante la ley de atención de la salud a precios accesibles, que representó un beneficio material real para parte de la clase obrera estadounidense. A diferencia de las propuestas de un sistema de salud universal solventado con fondos públicos [*single payer*] o de un sistema de atención pública que compitiera con los privados [*public option*], a las que Obama renunció antes de que comenzaran las negociaciones sobre la atención de la salud, su estrategia reforzó las divisiones dentro de la clase obrera que a la larga resultarían fatídicas desde un punto de vista político. En suma, la idea central y predominante de su presidencia fue mantener el *statu quo* neoliberal progresista pese a su declinante popularidad.

En 2011, con Occupy Wall Street, surgió otra oportunidad de salvar la brecha hegemónica. Cansado de esperar una rectificación por parte del sistema político, un sector de la sociedad civil resolvió tomar el toro por las astas y ocupó plazas públicas de todo el país en nombre del “99%”. Con su denuncia de un sistema que saqueaba a la inmensa mayoría para enriquecer al 1% más rico, estos grupos relativamente pequeños de manifestantes jóvenes no tardaron en ganar un amplio respaldo -hasta un 60% del pueblo estadounidense, según algunas encuestas-, sobre todo de sindicatos acorralados, estudiantes endeudados, familias de clase media en apuros y el creciente “precariado”.

Sin embargo, en 2012 los efectos políticos de Occupy Wall Street fueron neutralizados y resultaron funcionales a la reelección de Obama, quien tuvo la astucia de adoptar la retórica del movimiento y así cosechó el apoyo de

muchos que luego votarían a Trump en 2016. Tras derrotar a Romney y ganar cuatro años más en el poder, el presidente persistió en el camino neoliberal y su recién adquirida conciencia de clase se evaporó de inmediato. Al limitar su búsqueda de “cambio” a la firma de decretos presidenciales, Obama se abstuvo de perseguir a los malversadores de la riqueza y tampoco utilizó su visibilidad para unir al pueblo estadounidense contra Wall Street.

Convencida de que la tormenta había pasado, la clase política no perdió el tiempo y renovó su respaldo al consenso neoliberal, pero fue incapaz de ver en Occupy los primeros ruidos sordos de un terremoto en ciernes. Y el terremoto se produjo en la temporada electoral de 2015-2016, cuando un descontento que desde hacía tiempo se cocía a fuego lento cambió de forma para convertirse en una lisa y llana crisis de autoridad. Los dos grandes bloques políticos se derrumbaron. En el lado republicano, Trump, con una campaña de neto corte populista, derrotó cómodamente (como no deja de recordárnoslo) a sus dieciséis desvalidos rivales en las primarias, incluidos varios elegidos a dedo por los jefes partidarios y los grandes donantes. En el lado demócrata, Bernie Sanders, quien se autocalificaba de socialdemócrata, planteó un desafío sorprendentemente serio a la sucesora ungida de Obama, Hillary Clinton, quien tuvo que desplegar todos los trucos y las influencias del poder partidario para mantenerlo a raya. En ambos bandos se modificaron radicalmente los guiones habituales, dado que un par de intrusos habían ocupado la brecha hegemónica y procedían a salvarla con nuevos memes políticos.

Tanto Sanders como Trump execraban la política neoliberal de distribución, pero había marcadas diferencias entre sus respectivas políticas de reconocimiento. Mientras el primero denunciaba la “economía amañada” con acentos universalistas e igualitarios, el segundo utilizaba la misma frase pero le daba un tinte nacionalista y proteccionista. Redoblando la apuesta con tropos de sesgo excluyente de larga vigencia, Donald Trump transformó los “meros” eufemismos en explosiones a voz en cuello de racismo, misoginia, islamofobia, homofobia, transfobia y sentimientos antiinmigrantes. La base “obrera” que su retórica invocaba era blanca, heterosexual, masculina y cristiana y estaba integrada por trabajadores de

la minería, el petróleo, la construcción y la industria pesada. En contraste, la clase obrera cortejada por Sanders era amplia y expansiva y no solo abarcaba a los trabajadores fabriles del Cinturón del Óxido, sino a los del sector público y los servicios, incluyendo a mujeres, inmigrantes y personas de color.

Sin duda, el contraste entre estos dos retratos de la “clase obrera” era en gran medida retórico. Ninguno coincidía estrictamente con la base de votantes de su adalid. Si bien el margen de victoria de Trump provino de los centros fabriles desguzados que se habían inclinado por Obama en 2012 y por Sanders en las primarias demócratas, sus votantes también incluían a los sospechosos de siempre dentro del Partido Republicano, entre ellos libertarios de derecha, empresarios y otros de escasa utilidad para el populismo económico. De manera similar, los votantes más confiables de Sanders eran estadounidenses jóvenes con estudios universitarios. Pero la cuestión no es esa. En tanto proyección retórica de una posible contrahegemonía, la visión expansiva que Sanders tenía de la clase obrera estadounidense era lo que distinguía su estilo de populismo del de Trump.

Esos dos intrusos esbozaron los lineamientos de un nuevo sentido común, cada uno a su manera. A lo sumo, la retórica de campaña de Trump sugería un nuevo bloque protohegemónico al que podríamos denominar “populismo reaccionario”. Este parecía combinar una política hiperreaccionaria de reconocimiento con una política populista de distribución: la construcción del muro en la frontera con México más un gasto a gran escala en infraestructura. El bloque imaginado por Sanders, en contraste, era una clara muestra de “populismo progresista”. Procuraba aliar una política inclusiva de reconocimiento con una política de distribución en favor de las familias trabajadoras: reforma de la justicia penal más Medicare para cada cual; justicia reproductiva más matrícula universitaria gratuita; derechos para las personas LGBTQ+ más división de los grandes bancos.

***Cato por liebre***

Sin embargo, ninguno de estos escenarios se materializó. La derrota de Sanders frente a Clinton eliminó de la votación la opción populista progresista, para sorpresa de nadie. Pero la posterior victoria de Trump fue inesperada, al menos para algunos. Lejos de gobernar como un populista reaccionario, el nuevo presidente puso en práctica el viejo dicho de “vender gato por liebre” y abandonó de inmediato las políticas distributivas populistas que había prometido en su campaña. Es cierto que canceló el Acuerdo Transpacífico y renegoció el NAFTA, aunque solo de manera superficial. Pero no levantó un dedo para dominar Wall Street. Tampoco llevó adelante ni una sola medida seria para implementar proyectos públicos de infraestructura en gran escala y generadores de empleo. Sus esfuerzos por estimular las manufacturas se limitaron a las exhibiciones simbólicas de verborrea y la eliminación de regulaciones para el carbón, cuyas ganancias han demostrado ser en gran medida ficticias. Y lejos de proponer una reforma impositiva cuyas principales beneficiarías fueran las familias de clase obrera y clase media, adhirió a la trillada versión republicana, concebida para canalizar más dinero hacia el *i%* (incluida la familia Trump). Como queda probado con esta última cuestión, las acciones del presidente en el frente distributivo incluyeron una gran dosis de capitalismo de amigos y negocios para usufructo personal. Pero si el propio Trump estuvo por debajo de los ideales de razón económica de Hayek, la designación de otro exmiembro de Goldman Sachs en el Tesoro garantiza la continuidad del neoliberalismo allí donde importa que persista.

Tras abandonar la política populista de distribución, Trump procedió a doblar la apuesta en la política reaccionaria de reconocimiento, intensificada al máximo y cada vez más despiadada. Su lista de provocaciones y acciones en respaldo de odiosas jerarquías de estatus es larga y escalofriante: la prohibición de viajar en sus diversas versiones, todas apuntadas a países de mayoría musulmana, mal disimuladas al añadirse más tarde Venezuela; el recorte drástico de los derechos civiles en el Departamento de Justicia (que desistió de los decretos de acuerdo extrajudicial) y en el Departamento de Trabajo (que dejó de controlar a los contratistas federales en lo referido a la discriminación); su negativa a patrocinar casos judiciales concernientes a derechos de personas LGBTQ+; su reducción de la cobertura de seguro obligatoria para la anticoncepción;

su disminución de las protecciones establecidas por el Título IX de las Enmiendas de Educación de 1972, ley contra la discriminación, para mujeres y niñas, mediante recortes en la dotación del personal encargado de velar por su cumplimiento, y sus pronunciamientos públicos en favor de un accionar policial más duro con los sospechosos, del desprecio manifestado por el “Sheriff Joe” Arpaio por el estado de derecho, y de la “buena gente” del grupo de supremacistas blancos que actuaron fuera de todo control en Charlottesville. El resultado no es un mero conservadurismo republicano campechano, sino una política hiperreaccionaria de reconocimiento.

Las políticas del Trump presidente divergen por completo de las promesas de campaña del Trump candidato. No solo desapareció su populismo económico: su designación de chivos expiatorios es cada vez más despiadada. En síntesis, lo que sus partidarios votaron no es lo que obtuvieron. El corolario no es un populismo reaccionario, sino un neoliberalismo hiperreaccionario.

Sin embargo, el neoliberalismo hiperreaccionario de Trump no constituye un nuevo bloque hegemónico. Al contrario: es caótico, inestable y frágil. Esto se debe en parte a la peculiar psicología personal del portaestandarte y en parte a su codependencia disfuncional con la dirigencia del Partido Republicano, que ha intentado sin éxito reafirmar su control y ahora espera el momento oportuno mientras busca una estrategia de salida. No podemos saber exactamente cómo evolucionará esta situación, pero sería necio descartar la posibilidad de que el Partido Republicano se divida. De uno u otro modo, el neoliberalismo hiperreaccionario no ofrece perspectivas de hegemonía sólida.

Pero existe un problema más profundo. Al descartar la cara económica populista de su campaña, Trump, con su neoliberalismo hiperreaccionario, procura restablecer esa brecha hegemónica que contribuyó a hacer estallar en 2016, con la salvedad de que esa variante neoliberal ya no puede suturarla. Ahora que el gato populista saltó de la caja, es dudoso que el segmento obrero de las bases de Trump se contente con comer (falso) reconocimiento y nada más.

En el otro lado, entretanto, “la resistencia” se organiza. Pero la oposición está fracturada, incluidos los dintonistas intransigentes, los sanderistas comprometidos y muchas personas que podrían inclinarse por unos o por otros. Para complicar aún más el paisaje, existe una multitud de grupos advenedizos cuyas posturas militantes atrajeron a grandes aportantes a pesar (o a causa) de la vaguedad de sus concepciones programáticas.

Es especialmente perturbador el resurgimiento de una vieja tendencia de la izquierda a enfrentar la raza contra la clase. Algunos resistentes proponen reorientar la política del Partido Demócrata en torno a la oposición a la supremacía blanca y concentrar todos los esfuerzos en conquistar el apoyo de votantes negros y latinos. Otros defienden una estrategia centrada en la clase y apuntada a recuperar a las comunidades obreras blancas que votaron a Trump. Los dos puntos de vista son problemáticos porque tratan la cuestión de la clase y la raza como si fuera inherentemente antitética: un juego de suma cero. En realidad, estos ejes de la injusticia pueden atacarse en forma paralela, como corresponde. Ninguno de los dos podrá ser superado mientras el otro prospere.

En el contexto actual, sin embargo, las propuestas de pasar a un segundo plano las preocupaciones de clase plantean un riesgo especial: es probable que coincidan con los esfuerzos del ala de Clinton por restaurar el *statu quo* bajo un nuevo disfraz. De suceder así, el resultado será una nueva versión del neoliberalismo progresista que combine el neoliberalismo en el frente distributivo con una política antirracista militante de reconocimiento. Esta perspectiva debería preocupar a las fuerzas anti-Trump. Hará que muchos aliados potenciales salgan en estampida en el sentido opuesto, convaliden el relato de Trump y lo respalden. Y unirá fuerzas con él para la supresión de cualquier alternativa al neoliberalismo, con lo cual se reinstaurará la brecha hegemónica. Pero lo que acabo de decir de Trump es igualmente válido en este caso: el gato populista saltó de la caja y no se escabullirá en silencio. Restablecer el neoliberalismo progresista, sobre cualquier base, equivale a recrear -mejor dicho, a exacerbar- las condiciones mismas que hicieron surgir a Trump. Y eso significa preparar el terreno para futuros Trump, cada vez más despiadados y peligrosos.

## ***Fenómenos mórbidos y perspectivas contrahegemónicas***

Por todas estas razones, ni un neoliberalismo progresista revitalizado ni un neoliberalismo hiperreaccionario “tramposo” [*trumped-up*] son buenos candidatos a la hegemonía política en el futuro cercano. Los lazos que unían a cada uno de esos bloques se han debilitado gravemente. Además, ninguno de los dos está en condiciones de configurar un nuevo sentido común. Ninguno puede ofrecer un panorama autorizado de la realidad social, un relato con el que una amplia gama de actores sociales puedan identificarse. De igual importancia, ni una ni otra variante del neoliberalismo puede resolver con éxito los bloqueos objetivos del sistema que subyacen a nuestra crisis hegemónica. Dado que las dos comparten la cama con las finanzas globales, ninguna puede poner en tela de juicio la financiarización, la desindustrialización o la globalización corporativa. Ninguna puede corregir los niveles de vida en plena caída, la deuda en constante aumento, el cambio climático, los “déficits de cuidados” o el estrés intolerable que aqueja a la vida comunitaria. (Re)instalar a uno u otro de esos bloques en el poder es garantizar no solo la continuación, sino la intensificación de la crisis actual.

¿Qué podemos esperar, entonces, en el corto plazo? A falta de una hegemonía segura, enfrentamos un interregno inestable y la continuidad de la crisis política. En esta situación, las palabras de Gramsci adquieren un tono de verdad revelada: “Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este interregno se producen los más diversos fenómenos mórbidos”.

A menos, desde luego, que haya un candidato viable para una contrahegemonía. El más probable de esos candidatos es una u otra forma de populismo. ¿Podría el populismo ser todavía una opción posible, si no de manera inmediata, en un plazo más largo? A favor de esta posibilidad habla el hecho de que, entre los partidarios de Sanders y los de Tramp, una masa crítica de votantes estadounidenses rechazó la política neoliberal de distribución en 2015-2016. La pregunta candente es si esa masa puede fundirse para constituir un nuevo bloque contrahegemónico. Para que esto suceda, los partidarios obreros de Trump y Sanders tendrían



que pensarse como aliados: víctimas en diferente situación de una misma “economía amañada” cuya transformación puedan intentar juntos.

El populismo reaccionario, aun sin Tramp, no es una base probable para esta alianza. Su política de reconocimiento, jerárquica y partidaria de la exclusión, constituye un factor infalible de rechazo para grandes segmentos de las clases trabajadoras y medias de los Estados Unidos, en especial las familias que dependen de salarios percibidos en los servicios, la agricultura, el trabajo doméstico y el sector público, cuyas filas incluyen enormes cantidades de mujeres, inmigrantes y personas de color. Solo una política inclusiva de reconocimiento tendrá una probabilidad razonable de inducir a esas fuerzas sociales indispensables a aliarse con otros sectores de las clases trabajadoras y medias, incluidas las comunidades históricamente asociadas a las manufacturas, la minería y la construcción.

De este modo, el populismo progresista resulta el candidato más probable para crear un nuevo bloque contrahegemónico. Al combinar la redistribución igualitaria con el reconocimiento no jerárquico, esta opción tiene al menos una oportunidad razonable de unir a toda la clase obrera. Más aún: podría posicionar a esta clase, entendida en términos amplios, como la fuerza dirigente de una alianza que también incluya a segmentos sustanciales de la juventud, la clase media y las capas profesionales y gerenciales.

Al mismo tiempo, la situación actual presenta muchos factores contrarios a la posibilidad, en un lapso más o menos breve, de una alianza entre los populistas progresistas y los estratos de clase obrera que votaron a Trump en la última elección. Entre los obstáculos se destacan las divisiones cada vez más profundas y hasta los odios que, si bien se cocían a fuego lento desde tiempo atrás, alcanzaron un límite extremo con Trump, quien sin el menor reparo, como señala con agudeza David Brooks, “tiene olfato para detectar las heridas en el cuerpo político y día tras día mete un atizador al rojo vivo en todas y cada una para dejarlas siempre abiertas”. El resultado es un ambiente tóxico que parece convalidar la idea, sostenida por algunos progresistas, de que todos los votantes de Trump son “deplorables”:

racistas, misóginos y homofóbicos incurables. También gana fuerza la idea contraria, respaldada por muchos populistas reaccionarios: que todos los progresistas son moralizadores incorregibles y elitistas engreídos que los miran con condescendencia mientras sorben su café italiano y juntan dólares a paladas.

### ***Una estrategia de separación***

Las perspectivas del populismo progresista en los Estados Unidos dependen de combatir con éxito esas dos ideas. Lo que se necesita es una estrategia de separación con vistas a precipitar dos grandes divisiones. En primer lugar, hay que incitar a mujeres, inmigrantes y personas de color menos privilegiadas a apartarse de las feministas adaptadas al mercado, los antirracistas meritocráticos y el movimiento LGBTQ+ convencional, cómplices de la diversidad corporativa y del capitalismo verde o “ecocapi-talismo” que se apropiaron de sus inquietudes para modificarlas de modo que resultaran compatibles con el neoliberalismo. Esa es la meta de una iniciativa feminista reciente que procura reemplazar el feminismo de élite por un “feminismo para el 99%”. Otros movimientos emancipatorios deberían copiar esa estrategia.

En segundo lugar, es imprescindible convencer a las comunidades trabajadoras sureñas, rurales y del Cinturón del Óxido de la necesidad de apartarse de sus actuales aliados criptoneoliberales. El truco consiste en persuadirlas de que las fuerzas que promueven el militarismo, la xenofobia y el nacionalismo étnico no pueden y no van a proporcionarles los prerequisites materiales esenciales para una vida digna, mientras que un bloque populista progresista sí está en condiciones de hacerlo. De ese modo, sería factible deslindar entre los votantes de Trump que pueden y deben ser sensibles a ese llamamiento, y los racistas declarados y los nacionalistas étnicos de la derecha alternativa que no lo son. Decir que los primeros superan por un amplio margen a los segundos no implica negar que los movimientos populistas reaccionarios se basan en una retórica capciosa y han envalentonado a grupos antes marginales de genuinos su-premacistas blancos. Pero sí refuta la apresurada conclusión de que la abrumadora mayoría de los votantes populistas reaccionarios están

cerrados para siempre a cualquier convocatoria en nombre de una clase obrera abarcadora como la que propone Bernie Sanders. Ese punto de vista no solo es errado en lo empírico, sino por completo contraproducente y propenso a convertirse en una profecía autocumplida.

Quiero ser clara. No sugiero que un bloque populista progresista deba silenciar las acuciantes inquietudes en torno al racismo, el sexismo, la homofobia, la islamofobia y la transfobia. Al contrario, el combate contra estos males debe ocupar un lugar central en un bloque populista progresista. Pero es contraproducente abordarlos con una condescendencia moralizadora, a la manera del neoliberalismo progresista. Este enfoque supone una visión superficial e inadecuada de esas injusticias, que exagera groseramente la idea de que el problema reside en la mentalidad de la gente y soslaya la profundidad de las fuerzas estructurales e institucionales subyacentes.

La cuestión adquiere una claridad y una importancia meridiana en el caso de la raza. En los Estados Unidos de hoy, la injusticia racial no se refleja en actitudes despectivas o malos comportamientos, aunque sin duda existen. El punto crucial es el impacto racialmente específico de la desindustrialización y la financiarización durante la hegemonía neoliberal progresista, tal como se refracta a través de prolongadas historias de opresión sistémica. En este período los estadounidenses negros y “morenos” [*brown*] durante mucho tiempo imposibilitados para tomar créditos, confinados en viviendas segregadas y de mala calidad y con remuneraciones demasiado exiguas para acumular ahorros fueron blanco sistemático de los dadores de préstamos de alto riesgo y, por consiguiente, padecieron los índices más altos de ejecuciones hipotecarias en el país. También en este período, las ciudades y barriadas de minorías durante largo tiempo y en forma sistemática privadas de recursos públicos fueron castigadas por cierres de plantas en centros fabriles en decadencia. Sus pérdidas no solo se calculaban en puestos de trabajo, sino también en fondos tributarios, que las privaban de dinero para escuelas, hospitales y mantenimiento de infraestructura básica, lo cual provocó desastres como la crisis del agua en Flint (Michigan) y, en un contexto diferente, la destrucción en 2005 de Lower Ninth Ward, barrio de Nueva Orleans, a raíz del huracán Katrina. Para terminar, los hombres

negros sometidos a sentencias diferenciales, un riguroso encarcelamiento, trabajos forzados y violencia socialmente tolerada -incluso a manos de la policía- fueron durante este período reclutados a la fuerza y en forma masiva para desempeñarse en un “complejo carcelario industrial”, siempre atestado debido tanto a la “guerra contra las drogas”, cuyo blanco principal era la posesión de *crack*, como a índices desproporcionadamente altos de desempleo entre las minorías: todo gracias a los “logros” legislativos bipartidarios orquestados en gran medida por Bill Clinton. ¿Hace falta agregar que, por inspiradora que haya sido, la presencia de un afroestadounidense en la Casa Blanca no logró hacer mella en estas tendencias?

Pero ¿realmente podría haber sucedido de otro modo? Los fenómenos mencionados muestran la profundidad del arraigo del racismo en la sociedad capitalista contemporánea y ponen en evidencia la incapacidad de la moralización neoliberal progresista para abordarlo. También revelan que las bases estructurales del racismo están relacionadas tanto con la clase y la economía política como con el estatus y el (falso) reconocimiento. E igual de importante: ponen en claro que las fuerzas destructoras de las oportunidades de vida de las personas de color son parte integral del mismo bloque dinámico que las que destruyen las oportunidades de vida de los blancos, aunque difieran en algunos detalles. El efecto, en definitiva, es sacar a la luz el impermeable entrelazamiento de raza y clase en el capitalismo financiarizado contemporáneo.

Un bloque populista progresista deberá hacer de esas percepciones su estrella guía. Tendrá que renunciar a la presión neoliberal progresista sobre las actitudes personales y concentrar sus esfuerzos en las bases estructurales e institucionales de la sociedad contemporánea. Es de especial importancia que ponga de relieve las raíces compartidas de las injusticias raciales y de estatus en el capitalismo financiarizado. Al entender ese sistema como una única totalidad social integrada, deberá vincular los males sufridos por mujeres, inmigrantes, personas de color y personas LGBTQ+ con aquellos vivenciados por los sectores de la clase obrera que hoy en día tienden hacia el populismo de derecha. De esta manera, sentará las bases de una poderosa nueva coalición integrada por todos los que fueron traicionados por Trump

y sus equivalentes, no solo los inmigrantes, las feministas y las personas de color opositores a su neoliberalismo hiperreaccionario, sino también los sectores de clase obrera blanca que hasta ahora lo han apoyado. Si consigue reunir a grandes segmentos de toda la clase obrera, el triunfo de esta estrategia es posible. A diferencia de las demás opciones consideradas, el populismo progresista tiene el potencial, al menos en principio, de convertirse en un bloque contrahegemónico relativamente estable en el futuro.

Pero lo que inclina la balanza en favor del populismo progresista no es solo su potencial viabilidad subjetiva. A diferencia de sus probables rivales, cuenta con la ventaja adicional de ser capaz, también al menos en principio, de abordar el aspecto real y objetivo de nuestra crisis. Permítanme explicarme.

Como señalé al comienzo, la crisis hegemónica que hemos diseccionado aquí es una faceta de un complejo más amplio de crisis, que abarca varios otros perfiles: el ecológico, el económico y el social. También es la contrapartida subjetiva de una crisis objetiva del sistema, a la que constituye una respuesta y de la cual no puede separársela. En última instancia, estos dos lados de la crisis -uno subjetivo, otro objetivo- se sostienen o caen juntos. Ninguna respuesta subjetiva, por convincente que parezca, puede asegurar una contrahegemonía duradera a menos que ofrezca la perspectiva de una solución real a los problemas objetivos subyacentes.

El lado objetivo de la crisis no es la mera multiplicidad de disfunciones independientes entre sí. Lejos de formar una pluralidad dispersa, sus varios perfiles están interconectados y tienen un origen común. El objeto subyacente de nuestra crisis general, lo que alberga sus múltiples inestabilidades, es la forma actual del capitalismo: globalizador, neoliberal y financiarizado. Como cualquier forma de capitalismo, esta no es un mero sistema económico, sino algo más amplio: un orden social institucionalizado. Como tal, abarca una serie de condiciones anteriores no económicas indispensables para una economía capitalista: actividades no asalariadas de reproducción social que garantizan la oferta de mano de

obra asalariada para la producción económica; un aparato organizado de poder público (corpus legal, policía, organismos reguladores y capacidades directivas) que suministra el orden, la previsibilidad y la infraestructura necesarios para una acumulación sostenida y, por último, una organización relativamente sustentable de nuestra interacción metabólica con el resto de la naturaleza que asegure las provisiones esenciales de energía y materia prima para la producción de mercancías, para no mencionar un planeta habitable que pueda contener la vida.

El capitalismo financiarizado representa una manera históricamente específica de organizar la relación de una economía capitalista con esas condiciones anteriores indispensables. Es una forma profundamente depredadora e inestable de organización social en que la acumulación de capital está libre de las restricciones (políticas, ecológicas, sociales, morales) que a la vez son necesarias para sostenerla a lo largo del tiempo. Una vez abolidos esos frenos, la economía del capitalismo consume sus propias condiciones de posibilidad. Es como un tigre que engulle sus patas traseras. Mientras la vida social queda cada vez más subsumida bajo el imperio de la economía, la búsqueda sin trabas de la ganancia desestabiliza esas formas de reproducción social, sustentabilidad ecológica y poder público de las cuales depende. Visto de esta manera, el capitalismo financiarizado es una formación social intrínsecamente propensa a la crisis. La compleja crisis actual es la expresión cada vez más aguda de su tendencia innata a desestabilizarse.

Esa es la cara objetiva de la crisis: la contrapartida estructural al desmoronamiento hegemónico aquí analizado. Hoy, en consecuencia, ambos polos de la crisis -uno objetivo, otro subjetivo- están en pleno auge. Se sostienen o caen juntos. La resolución de la crisis objetiva exige una gran transformación estructural del capitalismo financiarizado: una nueva relación de la economía con el sistema político, de la producción con la reproducción, de la sociedad humana con la naturaleza no humana. El neoliberalismo, bajo cualquiera de sus disfraces, no es la solución, sino el problema.

En sí, el cambio por el que abogamos solo puede provenir de otra parte, de un proyecto que sea como mínimo antineoliberal, si no anticapitalista. Ese proyecto solo podrá convertirse en una fuerza histórica cuando encarne en un bloque contrahegemónico. Por distante que hoy nos parezca esa perspectiva, nuestra mejor oportunidad de alcanzar una resolución subjetiva y objetiva es el populismo progresista. Pero acaso este tampoco sea un punto final estable. El populismo progresista podría ser transicional: una estación de paso en el camino hacia alguna nueva forma poscapitalista de sociedad.

Sea cual fuere nuestra incertidumbre respecto del punto final, hay algo claro: si no vamos en busca de esta opción, prolongaremos el interregno presente. Lo cual equivale a condenar a trabajadores de todas las convicciones y todos los colores a un estrés creciente y una salud menguante, a un aumento imparable de la deuda y el trabajo excesivo, al *apartheid* de clase y la inseguridad social. Significa sumergir a esos trabajadores, también, en una expansión cada vez más amplia de fenómenos mórbidos: odios nacidos del resentimiento y expresados en la designación de chivos expiatorios, estallidos de violencia seguidos por episodios de represión, un mundo feroz de competencia despiadada donde las solidaridades se contraen hasta casi desaparecer. Para evitar ese destino, debemos romper definitivamente tanto con la economía neoliberal como con las diversas políticas de reconocimiento que la respaldan: debemos desprendernos no solo del nacionalismo étnico de sesgo excluyente, sino también del individualismo meritocrático liberal. Solo si unimos una política de distribución sólidamente igualitaria con una política de reconocimiento inclusiva y sensible a la clase podremos construir un bloque contrahegemónico capaz de conducirnos, más allá de la actual crisis, a un mundo mejor.

**“El gato populista saltó de la caja”**

**Nancy Fraser, entrevistada por Bhaskar Sunkara**

Bhaskar Sunkara: *Para empezar, ¿qué la incitó a escribir sobre el neoliberalismo progresista? Es evidente que este concepto ha encontrado*

*eco en muchos. ¿Puede decirnos si sus principales raíces estaban en tendencias que usted constató en el mundo académico o en otra parte?*

Nancy Fraser: En realidad, hace ya muchos años que avanzo a tientas hacia ese concepto. Mucho antes de que le diera un nombre, utilizaba otras expresiones para describir lo que había salido mal en la izquierda y la centroizquierda, sobre todo en los Estados Unidos. Pero también, en términos más amplios, en el mundo académico y en una esfera política más general. En los años noventa, por ejemplo, escribí sobre el “eclipse de la redistribución en favor del reconocimiento”. Ese lenguaje apuntaba a diagnosticar un desequilibrio entre la reflexión y la práctica de las fuerzas progresistas, cuya focalización unilateral en la identidad, el estatus y la cultura dejaba en penumbras el ascenso del neoliberalismo y eximía de culpa a los nuevos plutócratas, si es que en realidad no los promovía. Más adelante, a raíz de la crisis financiera del bienio 2007-2008, utilicé la expresión “astucia de la historia” para denominar el proceso en virtud del cual el feminismo de la segunda ola (o grandes sectores de ese feminismo) entabló una “relación peligrosa” con las fuerzas que promovían el neoliberalismo: ese fue otro gesto en la misma dirección. Y luego vino el extraordinario espectáculo de las elecciones de 2016: el ascenso de Trump, el sorprendente éxito de Bernie Sanders y sobre todo la postura de Hillary Clinton, a quien vi como el ejemplo modélico de todo lo que había salido mal, a lo largo de varias décadas, en el campo de los nuevos movimientos sociales y las fuerzas progresistas.

En ese momento, se me ocurrió que el progresismo y el neoliberalismo habían convergido en la formación de un bloque hegemónico o una alianza gobernante, y que eso necesitaba *un nombre*. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, caí en la cuenta de que el neoliberalismo no es una cosmovisión total. Mucha gente cree que lo es, pero de hecho se trata de un proyecto político-económico que puede articularse con varios proyectos diferentes y hasta antagónicos de reconocimiento, incluidos los progresistas. Una vez que entendí eso, advertí que, al menos en los Estados Unidos, la articulación más duradera del neoliberalismo había sido con el progresismo. Yo estaba convencida de que dar un nombre a esa articulación



significaría un gran paso hacia la comprensión de lo que estaba sucediendo.

*Bhaskar Sunkara: Ciertos grupos de personas que tal vez apoyaron el feminismo y su fase más radical en los años sesenta y setenta, pero que ahora han adaptado su política para intentar ser más pragmáticos y lograr algunas ganancias, suelen afirmar que vivimos en una sociedad todavía desgarrada por el sexismo. Pero también es una sociedad en que el trabajo es más igualitario, aun en los quehaceres domésticos. Hay menos tolerancia hacia las peores formas de sexismo y abuso. ¿Admitiría que esas son victorias de esta forma de feminismo, o cree que se alcanzaron por azar? En otras palabras, ¿deberíamos dar crédito a esas fuerzas de centroizquierda -hacia las que tanto usted como yo somos muy críticos- por algunas victorias?*

Nancy Fraser: Mi opinión es que las victorias del feminismo, como las de otros movimientos progresistas, al menos hasta este momento, tienen más que ver con un cambio de conciencia que con la creación de estructuras, instituciones y prácticas capaces de cambiar realmente la vida de la mayoría de las personas. Más de dos tercios de la población estadounidense cree que la desigualdad de género está mal y que es necesario cambiarla; que la violación conyugal está mal; que la violación perpetrada por un conocido y la violación en una cita están mal; que los hombres deberían hacer más tareas domésticas y ocuparse más de la crianza de los hijos, etc. Estos son cambios importantes de creencia. Pero todavía no hemos institucionalizado esas concepciones más igualitarias. Soy especialmente escéptica en cuanto a la división de las tareas domésticas. Yo tengo que cuidar a mi madre de 98 años, que cada vez está más delicada, y muchas de mis amigas pasan por una situación similar. Por mi experiencia, son casi siempre las hijas y hermanas quienes están en la primera línea, ocupándose de esas cosas cotidianas; rara vez son los hijos y hermanos. De modo que no sobrestimaría la magnitud del cambio. Sí me parece que algunos hombres están mucho más dedicados a cuidar a sus hijos, sobre todo en los aspectos más placenteros y divertidos. Pero cuando se trata de limpiar el inodoro, vaciar la chata, hablar por los padres en las residencias de ancianos y cosas por el estilo, no estoy segura de que se comprometan tanto.

Algo similar vale para el antirracismo. El movimiento de derechos civiles obtuvo algunas grandes victorias legales, pero lo que se ganó fueron *derechos en los papeles* que no se han traducido en nada remotamente parecido a la igualdad social. En los Estados Unidos, las personas de color aún enfrentan asimetrías enormes (¡y a decir verdad, crecientes!) en cuestiones de justicia penal, empleo, vivienda, riesgo de inundaciones y agua contaminada y mucho más. La realidad es que el neoliberalismo progresista no aportó mucho en materia de ganancias materiales reales a la abrumadora mayoría de personas a quienes sus corrientes progresistas afirman representar. ¿Y cómo podría ser de otra manera, si se tiene en cuenta que las victorias legales han coincidido con un ataque masivo a los derechos laborales y las condiciones de vida de la clase obrera? Es innegable que el neo-liberalismo progresista ha beneficiado a las capas superiores de las clases profesionales y gerenciales, y ese es un sector numeroso e influyente. A las mujeres o las personas de color de ese sector, como a sus pares masculinos blancos, les ha ido bastante bien. Pero no, los beneficios para el resto no me impresionan tanto.

*Bhaskar Sunkara: El ejemplo de Cuomo, el gobernador de Nueva York, que aprobó una ley y se movilizó para legalizar el matrimonio igualitario la misma semana que clausuraba refugios para jóvenes que eran en su mayoría LGBTQ+ fue hasta cierto punto un gran símbolo del momento presente.*

*Usted señala -y yo también, en el Jacobin Magazine- que el paisaje político mundial de nuestros días atraviesa una crisis de hegemonía. Y menciona una cita de Gramsci: “Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer”. ¿Qué les diría a los críticos que destacan la estabilidad del sistema? En nuestros días, el capitalismo neoliberal gobierna casi el mundo entero. Se transforma constantemente y ha sido capaz de absorber las crisis, incluso las que parecían terminales, como la recesión de 2008. ¿Dónde o por qué señala usted una crisis de hegemonía, sobre todo cuando también ve continuidades en algunos aspectos entre las agendas económicas de los Trump, los Obama y los Clinton del mundo?*

Nancy Fraser: Su pregunta es muy importante y compleja. Lo primero que quiero destacar concierne al concepto de hegemonía. Tal como yo la entiendo, la hegemonía tiene que ver con la autoridad política, moral, cultural e intelectual de una cosmovisión dada, y con la capacidad de esa cosmovisión de encarnar en una alianza duradera y poderosa de fuerzas y clases sociales. El neoliberalismo progresista disfrutó de esa hegemonía durante varias décadas. Ahora, sin embargo, su autoridad se debilitó gravemente, si no quedó destrozada por completo.

Piense en la explosión de movimientos antineoliberales en todo el mundo. Tendemos a concentrarnos en las variantes populistas de derecha, como el voto por el *brexit* en el Reino Unido; el ascenso de partidos racistas y antiinmigrantes en el norte y el centro-este de Europa, en América Latina y en Asia, y desde luego la victoria de Trump en los Estados Unidos. Pero eso es solo una parte de la historia. No deberíamos pasar por alto las fuerzas antineoliberales *izquierdistas*, incluida la aparición de Jeremy Corbyn en el Reino Unido, que ha llevado el Partido Laborista muy a la izquierda; las fuerzas que se aliaron en torno de La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon; Podemos en España; los primeros días de Syriza en Grecia, y la campaña de Bernie Sanders en los Estados Unidos. Sean de derecha o de izquierda, en todos estos casos la gente está diciendo que ya no cree en los relatos neoliberales vigentes. No tiene confianza en los partidos políticos establecidos de la centroizquierda o la cen-troderecha que los promueven. Quiere probar algo por completo diferente.

*Eso* es una crisis de hegemonía. Pero lo que pasa cuando las fuerzas antihegemónicas llegan al poder ya es otra historia. Trump es el caso más obvio de vender gato por liebre: una vez en el cargo, omitió implementar las políticas económicas antineoliberales en que había basado su campaña. Sigue desplegando su pirotecnia retórica con horribles tropos de exclusión, racismo y xenofobia. Pero el populismo económico de 2016 también desapareció y fue reemplazado por trilladas políticas neoliberales de derecha: recortes impositivos para los ricos y cosas por el estilo.

Esto deja en claro que debemos distinguir entre las políticas neoliberales, que siguen vigentes en casi todas partes, y la hegemonía neoliberal, que sufrió graves contratiempos. Estamos frente a una situación -y por eso la cita de Gramsci es pertinente- que combina dos aspectos en una tensa amalgama: primero, el drástico debilitamiento de la autoridad del neoliberalismo -menos confianza en sus ideas y políticas y en el orden institucional que les sirve de basamento-, y segundo, la incapacidad, al menos hasta ahora, de generar una alternativa plausible, tanto en el nivel político como en el institucional. Es una combinación explosiva.

Bhaskar Sunkara: *La distinción que establece entre las políticas neoliberales y la ideología neoliberal me parece verdaderamente interesante. El origen de las políticas sería -aun sin darles una justificación intelectual como la de Milton Friedman o algún otro Chicago boy- que los capitalistas, hacia los años sesenta o setenta, veían que su rentabilidad se recortaba. A decir verdad, el viejo orden no estaba funcionando, y dijeron: “Necesitamos menos regulación y menos sindicatos, menos obstáculos a nuestra capacidad de obtener ganancias”. ¿Debemos entender que las políticas neoliberales arraigan exclusivamente en las prioridades del mercado, o la cosa es más compleja?*

Nancy Fraser: Es una pregunta interesante. Tengo la sensación de que las políticas neoliberales surgieron de la convergencia de varios hechos en diferentes niveles. Por un lado, el extraordinario renacimiento al cual asistieron las ideas de Friedrich Hayek, que según todos languidecerían para siempre en el cajón del olvido de la historia, pero que de pronto volvieron de la muerte para inspirar un movimiento intelectual. Esa resurrección fue el resultado del esfuerzo organizado por la Sociedad Mont Pelerin, fundada en los años cuarenta, y numerosas usinas de ideas más recientes y provistas de fondos que datan de los años setenta. Pero los ideólogos no tardaron en atraer a un grupo de pragmáticos directivos de corporaciones que no querían otra cosa que aumentar sus ganancias. Y más o menos al mismo tiempo se produjo un gran cambio en la medición del éxito corporativo, el pasaje de la *ratio* precio/beneficio al valor para el accionista, donde la tarea central de la dirección empresaria era elevar el valor de las acciones de la firma en la Bolsa.

Tenemos entonces diferentes tipos de cambios: cambios intelectuales y cambios en las hojas de ruta de la economía capitalista. Y todo eso amenazaba los niveles de vida de la gran mayoría. Por eso el proyecto neoliberal no podía venderse políticamente tal como era. Exigía un lavado de cara. Y ahí es donde entraron los “progresistas”, que aportaron cobertura ideológica a los propagandistas del libre mercado y los plutócratas asociados al sumar corrientes individualistas liberales de feminismo, antirracismo y derechos para las personas LGBTQ+. Muchos progresistas, desde luego, no se interesaban ni se concentraban en la cuestión económica. Pero existía una afinidad electiva entre su idea de “emancipación”, meritocrática y ansiosa por romper el techo de cristal, y el *ethos* del libre mercado. Tanto ellos como los neoliberales tenían una visión individualista y elevada de las cosas. Eso era una afinidad electiva.

Pero, para volver al presente, diría que el neoliberalismo, como ideología intelectual, es muy débil. Quedan algunos partidarios declarados de Milton Friedman y Friedrich Hayek, sin duda, pero me llama la atención -y vuelvo a pensar en los Estados Unidos- que muchos intelectuales reflexivos de derecha estén buscando una alternativa conservadora y pro-clase obrera al neoliberalismo. Pienso en gente como Ross Douthat, de *The New York Times*, y Julius Krein, jefe de redacción de *American Affairs*. Al dar voz a ideas que no habíamos escuchado antes, estos individuos están conquistando seguidores. Incluso muchos funcionarios republicanos electos entienden que la infraestructura se está desmoronando, que el déficit no es lo más importante del mundo y que hay otras cosas que el gobierno debe hacer. En este momento, no veo a muchos neoliberales que sean devotos creyentes. Pese a todo, cuando las papas quemen, Wall Street, Silicon Valley y otros sectores de la clase capitalista pelearán con uñas y dientes contra la regulación financiera, contra el aumento de los impuestos corporativos, contra cualquier intento de poner un techo a las bonificaciones.

Bhaskar Sunkara: *Una parte cautivante de su artículo es cuando señala que los medios presentan versiones idealizadas de las bases respectivas de Sanders y Trump: la de Trump estaría formada por trabajadores fabriles con casco y todo, y la de Sanders sería otra cosa. Sin embargo, a mi*

*entender el verdadero peligro, si salimos de lo que usted decía antes, era el ascenso de una especie de republicanismo a lo Steve Bannon. No necesitan un montón de trabajadores “morenos” o negros para obtener la mayoría, pero si ganan un 10% más del voto negro o un 10% más del voto latino su endeble base de poco más del 40% podría llegar a ser mayoritaria. Y ese era el verdadero miedo: que algunos cumplieran los planes de realizar una masiva financiación del déficit o apelaran a la construcción de infraestructura para crear empleos, ese tipo de cosas.*

Nancy Fraser: Exactamente. Ahí estuvo el genio de Bannon para la campaña presidencial de Trump en 2016. Allí *había* una visión, una visión que *era favorable a la clase obrera*, aunque el hecho de que fuera sincera o una mera estratagema cínica para ganar la elección es harina de otro costal. Lo importante es que, por estar vinculado con el nacionalismo étnico procristiano, el bannonismo proyectaba una visión muy anticuada, acotada y excluyente de la clase obrera: como usted dijo, trabajadores fabriles, mineros, perforadores petrolíferos, obreros de la construcción, todos varones y todos blancos. Una visión con un *ethos* anglomachista, mientras que la clase obrera real es muy diversa en lo que atañe a pertenencia étnica, color, género, sexualidad y lo que se le ocurra. Basta incluir a quienes trabajan en los sectores públicos, agrícolas, domésticos, sexuales, de servicios minoristas, las personas que hacen trabajos pagos y no pagos en el sector voluntario y en casas particulares, para tener un retrato por completo diferente de la clase obrera. Eso sugiere la posibilidad de dos tipos diferentes de populismo proobrero: el de Bannon -muy restrictivo-y el que Sanders mencionaba y nosotros, desde la izquierda, podríamos intentar llevar a fondo.

Bhaskar Sunkara: *En los medios siempre hubo una tendencia a decir: “Todos estos candidatos tienen que conseguir el voto obrero y el voto negro”. En ciertos círculos -sobre todo en los neoliberales-, “clase obrera” se ha convertido en un eufemismo para designar a las personas blancas que solo son útiles una vez cada cuatro años o cada dos años como bloques de votantes. Pero cuando pienso en los años de posguerra, creo que esa clase fue forjada por los sindicatos y administradores estatales y segmentos del capital que eran muy conscientes de estar construyendo una nueva era.*

*¿En qué medida el nuevo laborismo de Tony Blair, los nuevos demócratas de Bill Clinton o todas esas otras fuerzas son tan conscientes? Cuando mi madre y mi padre, como inmigrantes que pasaban dificultades, escuchaban un discurso de Clinton -acababan de llegar al país- creían estar escuchando los viejos discursos populistas del Tercer Mundo, en el buen sentido. Yo pienso que estos políticos eran convincentes porque creían en su mensaje y no pensaban estar construyendo algo nuevo en cuanto a ideología.*

Nancy Fraser: Esta cuestión también es compleja. No hay duda de que el New Deal fue un proyecto consciente y deliberado, que sentó las bases del ordenamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos y más allá de sus fronteras. Implicó a un sector ilustrado de la clase capitalista que había llegado a entender que el *laissez-faire* era una amenaza a su supervivencia, y que para alcanzar un régimen duradero de rentabilidad regular era necesario encarar un gran cambio en la relación entre el Estado y la economía. En los años treinta y cuarenta, estos capitalistas dieron el paso inaudito de establecer una alianza con un movimiento obrero militante (sindicalistas, comunistas y socialistas): una alianza muy poderosa y hasta hegemónica. Su idea guía era la socialdemocracia keynesiano-nacional, que les permitió incorporar a gran cantidad de inmigrantes y hacer de ellos “verdaderos estadounidenses” capaces de llevar una vida de clase media, comprar casas modestas en los suburbios y manejar los automóviles que ellos fabricaban, etc., etc. Los principales componentes eran los sindicatos industriales, los intelectuales visionarios y, a la larga, las grandes corporaciones manufactureras dispuestas a aceptar ese “compromiso de clase”, así como los afroestadounidenses, los inmigrantes, las clases medias urbanas. En conjunto, era un bloque hegemónico muy poderoso.

Pero nada dura para siempre, y el bloque del New Deal se deshizo poco a poco, en el transcurso de varias décadas, a partir de los años sesenta y setenta. Fue puesto en tela de juicio tanto desde la izquierda, con la irrupción global de la Nueva Izquierda, como desde la derecha, expresada por estratos empresarios y partidarios del libre mercado. Las elecciones

de Nixon y Reagan fueron divisorias de aguas. El modelo fue la “estrategia sureña” de Nixon, que mostró la aptitud del Partido Republicano para cortejar con éxito a los llamados “blancos étnicos”, el mismo estrato obrero suburbano al que usted acaba de referirse.

Enfrentado a esa amenaza, el Partido Demócrata se esforzó por encontrar una fórmula exitosa que pudiera derrotar la estrategia conservadora y restablecer su predominio en la política electoral. El genio salvador fue Bill Clinton. (No puedo decir si alguna vez creyó sinceramente en algo en el transcurso de su vida. ¡Para responder esa pregunta necesitaríamos a un psicoanalista, y yo no lo soy!) Clinton tuvo la idea de crear un “nuevo” Partido Demócrata capaz de conquistar el apoyo de los profesionales urbanos y los “trabajadores simbólicos” instruidos y de descentralizar las reivindicaciones de la base tradicional del partido entre los obreros fabriles. Tony Blair adoptó este modelo para su nuevo laborismo, cuyo objetivo era poner coto al monstruo del conservadurismo británico. Políticos como Blair y Clinton eran oportunistas que imaginaban estrategias para que sus partidos continuaran ocupando un lugar relevante y ganaran elecciones en tiempos de cambio. De paso, inventaron una nueva formación política hegemónica. El neoliberalismo progresista fue el sucesor de la so-cialdemocracia al estilo New Deal.

Había también una cuestión generacional que los volvía convincentes. Recuerdo a Bill Clinton y Al Gore haciendo campaña juntos cuando eran jóvenes. Pertenecían a la generación de los años sesenta y representaban un gran cambio, precisamente, generacional en las cimas de la política estadounidense. ¿Clinton fumó marihuana alguna vez o no? ¿Qué hacían ellos dos durante la Guerra de Vietnam? Estas eran cuestiones generacionales. Había algo muy potente y carismático en la juventud de Clinton y Blair. Su imagen pública proyectaba algo fresco y diferente. Pero yo no lo llamaría populismo. Aún creo que la mejor palabra para calificarlo es “progresismo”. Bhaskar, tal vez sus padres, en ese entonces recién llegados a los Estados Unidos, captaron la famosa capacidad de Clinton de “sentir el dolor de los demás”.



Bhaskar Sunkara: *Uno de los grandes momentos de la historia estadounidense fue cuando Clinton le dijo a una activista que lo increpaba: "Siento tu dolor". Pero luego, por supuesto, no hizo nada al respecto.*

Nancy Fraser: ¡Exacto! Y hay otro aspecto del oportunismo de Bill Clinton. Él no tenía idea de cómo funcionaba el mercado bursátil, pero sabía a quiénes preguntar. Pensaba que todo dependía de mantener contento al mercado. No es que por principios tuviera un compromiso con la economía neoliberal. Pero intuía que su aptitud para conquistar y mantener el poder dependía más del bienestar de Wall Street que del de cualquier otro.

Como sea, el resultado fue una nueva alianza hegemónica. El bloque del New Deal fue reemplazado por el bloque neoliberal progresista. El neoliberalismo progresista se construyó en torno a una serie diferente de ideas y sobre la base de una serie diferente de fuerzas sociales.

Bhaskar Sunkara: *Creo que también en el caso de los votantes demócratas se pasa por alto que ellos sabían que tenían malos empleos, pero que es mejor un empleo malo que ningún empleo. Quienes somos "morenos" o negros al menos recibíamos una porción más grande, aunque la torta global para los trabajadores se estaba achicando. Recién ahora, o en los últimos ocho a diez años, parece que la gente se hartó y está dispuesta a dar un salto a lo desconocido.*

Nancy Fraser: Estas cosas son difíciles de entender: ¿cuándo se llega al punto límite? Es el cuento de la rana en la olla de agua fría: como el agua se calienta poco a poco, la rana no salta hasta que algo pasa, y solo entonces lo hace. Con el empeoramiento de las condiciones de vida bajo la hegemonía neoliberal progresista, la gente que no estaba dispuesta a cortar por lo sano hizo todo tipo de cosas para sobrellevarlo. Los sindicatos aceptaron las reducciones salariales y limitaron su capacidad de acción a proteger a los afiliados existentes y aceptar peores convenios para los nuevos contratados. No se atrevían a romper con el marco establecido.

¿Quién sabe con exactitud cuándo o por qué se llega al punto límite? No creo que estas cosas tengan una explicación racional y clara. Pero los individuos tienen incidencia: Donald Trump fue un imán, un atractor y multiplicador de fuerzas que ya estaban preparadas para la ruptura. En contraste, Hillary Clinton encarnaba la continuidad y el *statu quo*: su condición de tragalibros, su relato de “sobreviviente” a los ataques de los medios de derecha y Dios sabe qué más, la convicción de que ahora era “su turno”. Algunos suponen que Joe Biden o Bernie Sanders habrían ganado esas elecciones, de modo que no se puede subestimar el papel de los individuos en la llegada al punto límite.

*Bhaskar Sunkara: ¡Creo que cualquiera de nosotros dos podría haber ganado esas elecciones! Ahora, otra pregunta que tal vez exceda nuestros conocimientos técnicos. ¿Tiene la esperanza de que lo que usted identifica como el populismo progresista de la campaña de Sanders -que contrasta con el populismo reaccionario de la campaña de Trump- haga realidad algunas de las cosas que la gente añora de los viejos tiempos? ¿La estabilidad, la seguridad, las promesas de redistribución?*

*En una parte muy reveladora de su artículo, usted advierte -o quizá sea una forma de consuelo- que, si bien Trump no está cumpliendo sus promesas, el gato populista ya saltó de la caja. Mi temor, debido a las fuerzas estructurales o la oposición política, es el siguiente: ¿qué pasaría si los que estamos del lado progresista no somos capaces de cumplir nuestras promesas? ¿Eso podría precipitar un resultado aún peor que la política estilo Obama?*

Nancy Fraser: Estoy completamente de acuerdo en que esa es una preocupación real. Basta con mirar a Grecia, a Syriza. Por qué se dieron por vencidos y no se fueron de la eurozona es una cuestión complicada de responder. Sea como sea, no voy a juzgarlos. Pero es un caso donde lo que parecía una gran victoria se convirtió en otra cosa.

Yo diría que, les guste o no la palabra “populismo”, todas las figuras populistas de izquierda que hemos mencionado -en especial Sanders

y Corbyn- tienen un dejo de anacronismo. Recuerdan una izquierda o una socialdemocracia anteriores. En muchos aspectos tienen buenos instintos, aunque ninguno sepa exactamente qué decir o hacer acerca de la inmigración. Pero no creo que tengan un programa desarrollado para el tipo de reestructuración económica y social fundamental que necesitamos para concretar los ideales de seguridad social, trabajo bien pago, pleno empleo, bienestar social y asistencia familiar de calidad, etc. La pregunta es: ¿cómo podremos hacer realidad en los Estados Unidos esos valores, que hoy en día son resistentes e importantes, sabiendo que el sector manufacturero no volverá a ser lo que era en los años cuarenta?

La izquierda en general tiene mucho trabajo por hacer en el nivel programático. Creo que sabemos cuáles son los valores. Sabemos lo que está mal, lo que es malo, lo que tenemos que sacarnos de encima. Sabemos que es necesario desfinanciarizar y descarbonizar la economía, que tiene que haber planificación y un gran aumento en la proporción de los ingresos destinados a los trabajadores, etc.

Lo que todavía no sabemos es si alguna nueva forma de capitalismo, aún por inventarse, podrá satisfacer esos imperativos, o si la única solución posible es una sociedad poscapitalista, ya queramos llamarla socialista o de alguna otra manera. Pero quizá sea más importante saber cuál será la nueva hoja de ruta para una economía política proobrera y a la vez globalizada. Nuestro mundo no puede ni debe volver a las economías nacionales encerradas en sí mismas. Si seguimos por ese camino nos esperan proteccionismos rivales, creciente militarización y una tercera guerra mundial.

*Bhaskar Sunkara: Tenemos la visión igualitaria y moral. Creo que la clave es obtener todas las victorias políticas que podamos, por pequeñas que sean, hasta que esa visión se tome más tangible y más creíble.*

*En su artículo y en otros lugares -y quiero decirlo de la manera más agradable posible, anacrónica en el buen sentido-, usted habla mucho de la política de la clase obrera, pero poco de los sindicatos y los partidos y demás modos en que se expresa la política de la clase obrera. En líneas*

*más generales, ¿detecta nuevos movimientos en este sentido, percibe diferentes caminos, o todo aún está por verse?*

Nancy Fraser: No, en realidad estoy bastante preocupada por el surgimiento de un imaginario de izquierda que se concentra obstinadamente en los movimientos sociales y no piensa en los sindicatos, los partidos y otras formas de organización de los trabajadores. Creo que la izquierda está en crisis al menos en dos aspectos: carecemos tanto de una visión programática como de una perspectiva organizativa. Es como si hubiéramos pasado de la crítica del partido leninista al espontaneísmo neoanarquista. No me parece que este último sea algo serio, si lo que queremos es cambiar el mundo de raíz. Por eso me interesa explorar el enorme terreno comprendido entre esos dos extremos.

No se puede subestimar el poder potencial y la importancia de los sindicatos en un país como los Estados Unidos. Un punto de inflexión potencial sería un proyecto de sindicalización de quienes trabajan en las áreas de servicios, en los locales de comidas rápidas, en los sectores domésticos, agrícolas, público y otros, a la vez que se defienden los sindicatos ya existentes y se organiza a los desorganizados. La cuestión más difícil es la relación entre trabajo pago y trabajo no pago, y es una cuestión central para las feministas de izquierda. De faltarnos una postura política creíble hacia este problema y una estrategia organizativa plausible para abordarlo, corremos el riesgo de recaer en concepciones anacrónicas y volver a la vieja usanza de la lucha de clase obrera.

Si la izquierda pretende revivir la idea de una clase obrera como fuerza dirigente dentro de un nuevo bloque contrahegemónico, tendremos que concebir esa clase de una manera nueva *-interseccionalmente*, si se quiere-, de modo que no quede restringida a los trabajadores fabriles y mineros heterosexuales, varones y de la etnia mayoritaria, y que se extienda a todas las otras ocupaciones -pagas y no pagas- e incluya masivamente a inmigrantes, mujeres y personas de color.

Si podemos repensar la clase obrera de esta manera, también podremos entender que tiene la capacidad de convertirse en la fuerza dirigente en un

bloque al que también podrán sumarse la juventud, grandes sectores de la clase media y segmentos de la clase profesional y gerencial dispuestos a separarse de los neoliberales. Tendríamos así una poderosa nueva alianza con el potencial de convertirse en un nuevo bloque hege-mónico. A mi entender, eso exige que los sindicatos -revitalizados y repensados-, como asimismo los partidos políticos y los movimientos sociales, se comprometan a cumplir un papel fundamental.

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

# ¡Contrahegemonía ya!

**NANCY  
FRASER**

Por un populismo  
progresista  
que enfrente  
al neoliberalismo

Introducción de Laura  
Fernández Cordero

 **siglo veintiuno**  
editores



1. [Fraser, Nancy - Contrahegemonía ya](#)